- LAS -
JOYAS

15 cts.

FRINÉ

Año I.-Núm. 10.
- Madrid 12 -
Abril - 1918.

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR
SE PUBLICA LOS JUEVES

La originalidad de esta Revista consiste en que a cada materia se le consagrará exclusivamente un número.

En preparación:

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo—La sombrilla.—E calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.-Las creadoras de la moda.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.- Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.--Bailes.--Tés.--Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.--El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.--Relaciones familiares.--Juegos, Sports.—Estudios y lecturas.

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masage.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina. — El despacho. — Flores.—Bordados. — Encajes. — Ropa blanca.—Costura y planchado.

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda. — La soltera. — La gran dama.— La señorita. —La funcionaria. — La artesana. — La aldeana. — La religiosa. — La sirviente, etc.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES
Administración; Calvo Asensio, núm. 3.

LAS JOYAS

SU SIGNIFICACION.—SU HISTORIA.—JOYAS CÉLEBRES.—ELECCION DE JOYAS.—ALHAJAS QUE SE DEBEN LLEVAR.—LAS PIEDRAS PRECIOSAS.—SU SIGNIFICACION Y PROPIEDADES.

CAPITULO PRIMERO

Joyas.-Significación de las joyas.

La palabra joya es en cierto modo sinónimo de jugete, porque significa doble alegría, doble juego; con la diferencia de que el jugete no distrae mas que a los niños y la joya sirve para divertir o distraer tanto a las mujeres como a los hombres y esta pasión ha hecho que llegue a alcanzar un gran precio.

La joya no es más que una obra de orfebrería, usada para la toilette y la usan los hombres y las mujeres; estas son: brazaletes, aretes o pendientes, alfileres, *aigrette*, cinturones, collares, sortijas, broches, etc.; para los hombres: botonaduras, puños de bastón, tabaqueras, y para uno y otro sexo, mil objetos difícil de enumerar a causa de los caprichos que ha inventado la moda y los que puede inventar todavía.

El uso de las joyas es muy antiguo pues se mencionan en el antiguo testamento y en todos los libros de la India y de Egipto.

En la antigüedad encontramos mención de las joyas enviadas por Esú a Reveca, las diademas de Semiramis, de Dido, de la reina de Saba, del collar que costó la vida a Crifilo y a su esposa Amplaraüs, de la sortija de Agripina, mujer de Germánico; que se conserva en la Biblioteca nacional de París bajo el nombre sortija de la Santa Virgen. De las perlas de Cleopatra la famosa reina de Egipto que queriendo competir con Antonio en liberalidad, desprendió una de las dos perlas que llevaa en las orejas y después de disolverla en vinagre se la bebió. La perla había costado lo que equivale a 3.800.000 pesetas.

Se dice que Cornelia, madre de los Grecos, prefirió sus hijos a sus joyas y la historia la cita en sus anales como una excepción.

CAPITULO II

Historia de las joyas.

En los tiempos modernos la joya ha tomado cada vez más importancia en todas las clases sociales.

En el imperio de Oriente hacia el siglo XV, las damas además de los pendientes usaban otra joya para adornar la extremidad de sus mejillas; llevaban unas láminas de oro sujetas al peinado, y brazaletes de oro en las muñecas. Las jóvenes llevaban también brazaletes de oro. A tanto ha llegado el lujo en todas las clases sociales, que hasta los pontífices de Jesucristo nos han dado ejemplo de fastuosidad. Sin hablar de mitras, cayados, cruces de oro y plata, de la hermosa amatista que los obispos llevan en el dedo, se sabe que el papa Gregorio IX, en su coronación estaba cubierto de pedrería. El lujo de las joyas no es general en Oriente, los turcos y el sultán afectan mucha sencillez en sus trajes, pero el Schah de Persia se presenta siempre resplandeciente de diamantes y pedrería. Entre los romanos las mujeres llevaban multitud de joyas y el peso de sus pendientes era tal, que se hacían necesarias mujeres para cuidar de las orejas de las damas. Los hombres también gustaban de las joyas y eran fastuosos. En Turquía las mujeres llevaban collares de oro y sortijas en todos los dedos.

En casi toda Europa antiguamente las joyas eran atributos del poder de la nobleza, y el pueblo no tenía derecho a usarlas. Hoy es casi lo contrario, el uso es común a todas las clases sociales.

Inés Sorel fué la primera mujer que llevó en Francia un collar de diamantes en bruto, porque aún no se sabían tallar. Como este collar le ajustaba mucho, ella le llamaba su *argolla*, y no se lo ponía nada más que para complacer y agradar a Carlos III. Las damas de la corte imitaron a la favorita y los diamantes se pusieron de moda. El gusto varió; después Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, prefería las joyas de oro, e hizo fundir sus joyas en barras o lingotes antes de devolvérselas a Francisco I, que quería dárselas a la duquesa de Etampes, su rival. La bella Ferronnière llevaba sobre la frente una placa de piedras de colores. Catalina de Médicis y Diana de Poitiers preferían las perlas. María Stuard, esposa del delfín Francisco II, tenía soberbios diamantes. Después vino el uso de las perlas; en la coronación de María de Médicis, mujer de Enrique IV, las damas de su séquito las llevaban en los cabellos y sobre sus vestidos.

En el reinado de Luis XIV vuelven a estar de moda los diamantes y la pedrería, y su uso alcanzó gran estimación a causa de los viajes que Tavernier, Chardin y Pablo Lucas sostenían con la Persia y la India, donde eran los principales negociantes en estas piedras, y las famosas minas de Golconda. Bien que en 1719 la Regencia defendió el derecho a llevar perlas y piedras preciosas, la joyería y el esmalte hicieron constantes progresos durante el siglo XVIII, y las mujeres se adornaban con pedrería de los pies a la cabeza, después con aigrettes hasta la hebilla de los zapatos. Las actrices que figuraban en los espectáculos de la corte no querían dejarse eclipsar por las marquesas y adornaban sus vestidos con profusión de piedras falsas que brillaban en el teatro como las piedras finas. Las damas de alto rango adoptaron los diamantes como adorno distintivo y los llevaban en brazaletes, pendientes, collares y aigrettes, así como también en broches colocados sobre el delantero de los corpiños de los vestidos. La reina los llevaba en la cintura, en los hombros y en el broche de su abrigo. Se recuerda el famoso collar comprado por el cardenal de Rohan para María Antonieta, y que dió lugar a un gran escándalo. Era maravilloso. Este lujo seduce a los hombres, y pocos años antes de la revolución de 1789, se hicieron guarniciones de trajes, botones, alamares de sombreros, nudos y puños de espadas, relojes y tabaqueras adornadas con brillantes. Se llevaban dos cadenas de reloj que descendían hasta medio cuerpo y guarnecidas de dijes; llevaban sortijas diferentes en cada estación y en cada día del año. Se llevaban sortijas enormes, octógonos, óvalos, rombos que le llamaban firmamento porque estaban formados de diamantes montados sobre una piedra falsa azul o violeta. Las mujeres imitaban y aun exageraban este lujo; algunas tenían cofrecitos de joyas que absorbían uno o dos patrimonios.

Estos excesos hicieron que viniera la reacción. En la revolución de 1789 se cambia por completo el gusto, todo era sencillez; pero duró pocos años, porque ya en el periodo del Directorio renació un lujo más escandaloso, que de buen gusto.

El Imperio vuelve a traer la moda de las joyas, pero con menos piedras; el oro sobre todo estuvo en boga, cincelado y trabajado a la antigua; pero por mucho

que fuera el trabajo del obrero no podía alcanzar grandes precios. El uso de las joyas se restringía sobre todo para los hombres; no se llevaban hebillas en los zapatos ni en las ligas; el pantalón cubría toda la pierna. Gozaban de gran favor los escarabajos, recuerdo de la expedición de Egipto; las serpientes, las sortijas macizas, los collares de coral y sobre todo los camafeos.

Las reglas estrechas del estilo Imperio no eran favorables a las joyas de estos primeros años del siglo, pues como vemos son pesadas y monótonas.

El artista verdaderamente digno de este nombre que dió a la joya francesa una dirección nueva, fué un alemán establecido en París llamado Wagner. Supo sacar excelente partido de las incrustaciones pertenecientes al arte ruso, de los esmaltes, de los cincelados y del grabado, y de su modo de fabricar buscaron y encontraron las formas más bellas; Mauricio Fromet y Morel, ayudados por dibujantes de indiscutible mérito, como Pradier, Fembieres, Cavelier, Lienard y otros muchos colocaron la joyería francesa muy por encima de lo que se hacía en dicha época en el resto de Europa, y esta reputación le ha quedado a la joyería francesa gracias a los esfuerzos de sus continuadores los hermanos Marret, etc.

A pesar de la gran competencia que constantemente hacen los industriales americanos, alemanes e ingleses, la Francia, y especialmente París, ha continuado y continúa siendo la dueña del mercado en cuanto a lindos caprichos, artística y espiritualmente presentados, y en general a la profusión de artículos de lujo que constituyen el ornato y gala de las damas más distinguidas y de buen gusto. Sólo en el año 1900, París ha fabricado 150 millones de joyas, cifra que prueba qué fabrica para todas partes del mundo.

Hacia 1840 se hicieron muchas joyas imitando plantas, hojas y flores, lisas o con adornos grabados y de esmalte y también muchas joyas de acero; de 1840 a 1850 se hicieron de estilo árabe con arabescos en oro muy cincelados y calados, consecuencia de las guerras de Africa y de la eterna cuestión de Oriente; en los primeros años del Imperio y bajo la influencia inglesa, predominan las joyas macizas en las que se atendía más a la solidez que al arte: las piedras, las incrustaban en el oro liso sin cincelados ni grabados, el esmalte no lo usaban más que para designar un hilito negro o un contorno sin elegancia; gustaba copiar los objetos usuales de la vida: herraduras, cadenas, bolas, ajustadores curvados y cascos con fustas, etc.; los joyeros franceses desdeñan esta fabricación que agrada tanto a la burguesía como a la dama de alto rango. Los alemanes han inundado todos los mercados de esta mercancía llamada de pacotilla y de precios reducidos, que tanto rechaza el buen gusto.

La compra de la colección «Campana», de una parte, y de otra las copias del arte griego introducidas en Francia por Castellani, determinaron hacia el año de 1885 una nueva corriente. Los joyeros adoptaron un estilo mitad etrusco, mitad griego, y formaron de estos dos estilos lindas joyas ornadas de camafeos y esmaltes pintados. En 1867 Boucheron creó las joyas de oro rojo caladas, cuya moda duró unos diez años, hasta que Bouvenat puso de moda las joyas representando pájaros, insectos, mariposas, etc., guarnecidas con brillantes y otras piedras finas en color.

Más tarde se impuso la moda de los *cloisonnés*, o sean aquellas joyas que representando flores, pájaros, etc., se obtenían formando pequeñas celulillas en metales, que rellenas de esmalte multicolores venían a formar el dibujo del adorno deseado. Los trabajos en filigranas, de todos conocidos, los brazaletes calados y las grandes arracadas.

La guerra de 1870, a la que sucedió la Commune, perjudicó notablemente la industria de la joyería propiamente dicha, y cuando poco después reaparecieron las joyas fué verdaderamente una industria puramente lucrativa para los joyeros, que se limitaban a engarzar las piedras finas en oro o plata sin ocuparse para nada de la parte artística. Su objeto era vender las piedras ocupándose sólo de hacer resaltar el tamaño de éstas, sin ocuparse para nada del trabajo artístico y delicado que podía hacerse con el oro.

El joyero ha encontrado siempre materia y motivos para dar a conocer su talento sobre infinidad de objetos, a los que no debiéramos llamar joyas propiamente dichas, y que confeccionados en oro o plata de un arte más o menos refi-

nado, las ofrecen bajo formas diversas, tales como cofrecitos, tarritos de esencia, puños de sombrillas y paraguas, bomboneras, etc. Es indudable que el nombre propiamente dicho de joyas, solamente debe aplicarse a aquellos adornos, objetos, etc., que en todo tiempo se han adaptado sobre el cuerpo, como accesorios de la «toilette».

CAPITULO III

Uso de las joyas.

En otros tiempos, el rigor de la moda prohibía a las jovencitas el uso de joyas de valor. Se creía, y esta apreciación parece justificada, que su belleza, su juventud y lozanía no necesitaban del concurso de ningún otro accesorio; el uso ha permitido sobre este punto algunas excepciones ofreciendo a las niñas en su primera comunión algunas medallitas guarnecidas de brillantes y piedras finas. Las joyas que mejor sientan en una joven son las perlas y las turquesas.

Una mujer verdaderamente distinguida y de buen gusto no se carga jamás de joyas con exceso. No se las pone nunca para salir por la mañana, no se pone diamantes para las visitas de día, ni hace de sus alhajas pueril ostentación. Su brillo se reserva para bailes, teatros y recepciones. En la casa no se las pondrá nunca para recibir ni las usará en los ejercicios de *sport*. Sin embargo, hay una amable delicadeza en engalanarse con las mejores joyas en la intimidad ante una persona querida.

Habitualmente no debe llevarse más de un brazalete, una sola sortija, los aretes y el reloj y si tiene un bonito cuello se adornará de vez en cuando con un collar.

Algunas señoras, por razones personales, llevan de día y de noche su collar de perlas; esta es una coquetería muy refinada, pero por la mañana, y en las «toilettes» sencillas, las deben ocultar bajo su corpiño y no mostrarlas.

En los viajes no se llevan jamás joyas, sería imprudente.

CAPITULO IV

Joyas nacionales.

Inglaterra, en su joyería, se inspira en los modelos del Kensington Museum, y produce obras de ejecución correcta y de bonita apariencia. De los talleres de Escocia salen gran número de objetos de un carácter esencialmente nacional y de un efecto agradable. Las joyas son generalmente notables por su riqueza y por el buen gusto de las piedras.

En Austria además de la joyería corriente bella y de buen gusto, se aprecian mucho las joyas de granates fabricadas en Bohemia, las numerosas piedras preciosas de la misma región, y las armas orientales de la Hungría. Viena tiene hábiles joyeros.

Los italianos resucitan las joyas etruscas, tan armoniosas en sus proporciones.

Los progresos se manifiestan en los corales napolitanos, desde el punto de vista del gusto y de la pureza de las formas. Génova, Nápoles y Roma trabajan en resucitar el éxito de la filigrana. Los mosaicos de Roma y de Pompeya reproducen monumentos antiguos mientras los mosaicos de Florencia imitan flores.

España tiene bonitas creaciones en piedras y en hierro adamasquinado e incrustado de oro y de plata de lo que forman joyas severas y elegantes.

En Rusia la joyería de lujo recuerda su origen bizantino y trata los colores con una originalidad de efectos. Hacen excelentes aplicaciones de esmalte sobre metal.

En Dinamarca domina aún la pureza nativa de su estilo. Los trozos de grano de oro sobre fondo de oro liso y mate ornan siempre las joyas. Un hábil empleo de la filigrana de plata ofrece graciosos motivos a la decoración.

Durante mucho tiempo la India tuvo el secreto de los esmaltes transparentes, empleaban las esmeraldas y los rubís en cabujón, los brillantes tallados y otros brillantes de una forma particular llamados *ojo de idolo* recuerdan a los damasquinados, a los esmaltes y a los dorados. Sus joyas modernas, estampadas y retocadas por la cinceladura son algo pesadas y confusas. Las imitaciones con pequeñas bolas en medio recubiertas de puntos de oro, tienen más aceptación. Las joyas en estaño son también bastante notables.

Entre los productos de la China expuestos en París en 1878, algunos presentaron una originalidad real. Los chinos hacen adornos formados con oro en delgadas hojas y forman grandes modelos de collares engastados en diamantes y cubiertas de nácar las figuras de estaño.

Los japoneses fabrican en acero y en cobre incrustaciones de otros metales, y con ellos forman eslabones de cadenas, horquillas, alfileres, botones que son una maravilla de dibujo y de ejecución, representando con delicadeza las escenas de la Naturaleza, con un trabajo de una asombrosa paciencia y buen gusto.

Los árabes hacen joyas moriscas de primitivo trabajo, pero de bonita apariencia.

Los negros hacen ellos mismos joyas toscas y groseras; tan esparcido está por el mundo el gusto de los adornos brillantes.

Se llevan todavía las joyas antiguas, en oro finamente cincelado y trabajado de una manera curiosa; pero no corresponde más que al gusto del día, el cual demanda sobre todo la ligereza. Puede ser que el arte nuevo llegue a renovar la joyería donde domina el metal, pero hasta el presente no ha conseguido más que el favor de algunos aficionados.

En la joyería moderna, el metal es reservado sobre todo para las monturas, y para esto el platino es el que más se emplea; su sencillez da valor a las piedras, sin atraer la atención sobre el mismo, como ocurre con el oro, y su solidez ofrece las más grandes garantías. Las otras partes de la joya, sortijas, eslabones de cadena y brazaletes se forman indiferentemente con oro o con platino..

CAPITULO V

La sortija.

El aro con piedra montada, que constituye la sortija, es una invención oriental y no se la ve aparecer en Grecia y en Roma sino hacia el siglo VI antes de Jesucristo. Las piedras más usuales son el onix, la amatista, el jaspe, la cornalina: el aro es de oro, hierro, ámbar o marfil.

El aro de oro en el cuarto dedo indicaba un caballero romano y le distinguía del pueblo.

Los flamines de Júpiter no podían llevar más que una sortija cincelada y hecha

con una lámina de oro muy delgada. El pueblo usaba sortijas de hierro ornadas con piedrecitas comunes, tales como ágata, cornalinas lisas y también pasta de vidrio coloreada, imitando las piedras finas o la marca de las piedras grabadas.

El lujo creciente multiplicó este ornamento. Se llevaron aros no solamente en todos los dedos de la mano, sino también en los de los pies, costumbre bizarra que se ha intentado después hacer renacer, porque en las Tullerías se ha visto a los elegantes del Directorio, pasearse con coturnos descubiertos y mostrando en cada dedo del pie una sortija enriquecida con diamantes.

En Roma se tenía calculado la importancia de los diversos aros según las estaciones. Entre estas joyas afectas a cada mitad del año, las que estaban talladas en una sola piedra, tales como la sardónica, la cornalina, el cristal de roca, eran consideradas como aros de verano y como aros de invierno.

Las sortijas que se ofrecen a los padres o a los amigos el día del aniversario de su nacimiento, llevará signos simbólicos que expresen deseos de felicidad.

En Venecia, en el siglo XVI, se llevaban los *anillos de la muerte*, que encerraban en su interior un veneno. Un pérfido apretón de manos ocasionaba la muerte.

El museo egipcio del Louvre posee una colección de sortijas antiguas numerosa y variadas que muestran la importancia de este ornamento en el antiguo Egipto.

La manera de llevar el anillo ha sufrido gran variación. Los hebreos lo llevaban en la mano derecha, los romanos en la mano izquierda, los griegos en el anular o cuarto dedo de la misma mano, los galos y los bretones en el dedo del medio. Los africanos, los asiáticos y los americanos llevan esta manera todavía más lejos y se los ponen en la nariz, los labios, las mejillas y la barba.

Las sortijas que se conservan de la Edad Media son muy raras, y es preciso reconocer que el esmalte fué muy empleado en su ornamentación y también la amatista: se llevaban con frecuencia enormes sortijas en el dedo pulgar. Hacia el siglo XV, las sortijas de sello con engarce de pedrería se ponen de moda; estas son las divisas que dominan; generalmente se tenían muchas sortijas y para guardarlas se ensartaban en un bastoncito en forma de dedo. Las sortijas se llevaban por encima de los guantes. Venecia da el tono para la joyería, y es preciso reconocer la perfección y el buen gusto de todo lo que entonces salía de sus talleres.

En el siglo XVII y XVIII, muchos hombres llevaban sortijas a imitación de las mujeres. Estas joyas eran de muy grandes dimensiones y de formas variadas: octógonas, óvalos, cuadros o rombos, la moda era montar diamantes sobre una piedra falsa azul o violeta, imitando la turquesa o la amatista.

La marquesa de Crochant poseía 365 sortjas diferentes de forma, montura y piedras y las cambiaba cada día. Las mujeres llevaban varias sortijas en cada dedo, y no era raro ver una treintena a la vez. La revolución hizo desaparecer esta locura pero poco tiempo después, reaparece con una intensidad más grande todavía bajo el Directorio donde, como hemos dicho, los elegantes ornaban hasta los dedos de los pies descubiertos en las sandalias. Se veían entonces muchas sortijas de acero, de cobre rojo, con camafeos. Después, la moda impone de nuevo la moderación en el uso de las sortijas. Era tolerada una sola como alianza. El estilo egipcio se mostró con las sortijas que tuvieron un gran éxito y a las cuales sucedieron las sortijas de coral, así como las sortijas en acero pulido y en doublé de oro. Hacia la misma época, tuvieron las sotijas arlequín varios colores, y las sortijas que llevaban engarzadas piedras preciosas en la que la letra inicial formaba la palabra que se quería. Estas sortijas se daban en señal de amistad.

La sortija es la joya preferida por las damas. Las jovencitas ya sueñan con su sortija de esponsales y saben mucho tiempo antes de qué forma y de qué clase la escogerán. Más tarde, cuando ya se casan reclaman otras, hasta que adornan todos sus dedos y jamás dejan pasar la ocasión de poder tener estos aros brillantes con los que la mano parece más fina.

Antiguamente los hombres no llevaban la alianza, signo de sumisión y de obediencia reservado a la mujer. Las nuevas costumbres, igualitarias y de tendencias feminista, han impuesto a los hombres que participen de este signo de sumisión. El anillo nupcial, la sola joya que se hace sin piedras, se lleva en el dedo llamado anular de la mano izquierda lo mismo que la sortija de esponsales.

La sortija de esponsales está generalmente ornada con una o varias perlas y con diamantes, pero jamás con piedras de colores.

En nuestros días todavía la mujer tiene una gran predilección por llever muchas sortijas, pero con más prudencia y mejor escogidas.

Las sortijas modernas tienen muchas piedras y poco oro.

Hay sortijas clásicas y que no desaparecen nunca, a pesar de los decretos de la moda. ¿Por qué? No se sabe. Quizás una creencia se fija en el anillo, sea cual fuere.

Así hemos conservado el *anillo de fidelidad*, que es la cadenita de oro que llevan hombres y mujeres que aman esta clase de alhaja y tienen una superstición. Del mismo modo sigue «la hechicera», hecha de tal forma, que, girándola alrededor del dedo, se descubre un ladito pequeño y otro grande; la sortija parece irregular, y, en realidad, es una ilusión óptica.

«La semana», tampoco ha desaparecido, y sus siete círculos finos, siguen girando alrededor de los dedos de la mujer.

También la sortija tiene su lenguaje. En el índice significa, *Deseo casarme;* en el dedo del corazón, *He dado el mío;* en el anular, *Casada* o *prometida;* en el meñique, *Deseo ser libre.*

La Iglesia santificó el uso del anillo de desposorios haciendo figurar la entrega entre sus ritos. La costumbre de grabar en ellos un nombre, un lema o una fecha por la parte interna, hace más queridas estas joyas. Parece que hay una confianza para el amante viendo el signo visible de su amor sobre la mano del que ama. Una sortija rota apena el ánimo, con la inmensa amargura de las ilusioses irrealizables y de las esperanzas muertas.

En la antigua Francia, la palabra sortija, designaba todos los bienes muebles, es decir, los vestidos, joyas, muebles, vasos y utensilios; en una palabra, todo lo que puede ser transportado fácilmente. En este sentido está todavía estipulado en muchos contratos, que la mujer en caso de divorcio, recobra sus ropas y sus sortijas, es decir, los objetos que sirven para ornamento y adorno, pero no los que se refieren a la toilette. La mujer tiene el derecho de recobrar sus ropas y joyas.

CAPITULO VI

Collares.

El collar es uno de los ornamentos primitivos y la joya que se encuentra más generalmente sobre las estátuas antiguas de todos los países. En los tiempos prehistóricos, hombres y mujeres llevaban en el cuello conchas, dientes de animales o silex perforados y pasados por un hilo flexible. Mas tarde el collar de ámbar fué considerado como un amuleto, tradición que se ha conservado hasta nuestros días. En fin, desde el principio de la historia, se encuentra el oro y la plata empleados en collares, tanto para los hombres como para las mujeres. Cuando éstos no podían ser joyas de alto valor, los llevaban de cuentas de vidrio, de tierra y de perlas. Los egipcios tenían gran preferencia por los escarabajos místicos. Los griegos estimaban mucho los collares fenicios, el Asia en esta época estaba muy adelantada en el trabajo de joyas. En el siglo de Périclés, los griegos enriquecidos por el comercio, recibían las maravillas de Oriente, comenzaron a hacer uso de bellas piedras preciosas, en particular la esmeralda que hacía un collar de gran lujo.

Los etruscos, aficionados sobre todo a los trabajos en oro, hacen maravillas, de las que se conservan algunas que nos permiten admirar este arte tan acabado. Más tarde los romanos fabricaron hermosas joyas de metal, pero pronto beneficia

a las ricas romanas collares del mas grande valor, y en ellos emplearon perlas y pedrería. Entre las romanas fué por mucho tiempo moda los collares de tres hileras, en la que la primera estaba hecha de perlas, y ceñía el cuello; las otras dos descendían sobre el pecho, y estaban formadas con una mezcla de esmeraldas y otras piedras preciosas. Estos collares valían un millón de *sexterces*, o sean doscientos mil francos. El lujo de los romanos era comparable al nuestro.

En la edad media se usaban mucho las cadenas de oro puestas en el cuello y los collares.

El collar es insignia o distintivo de varias Ordenes de caballeros como el *Toisón de Oro* y la del *Espíritu Santo*. Los collares los llevaban los hombres y las mujeres y entonces eran de proporciones enormes, extremadamente pesados y sobrecargados de ornamentación.

Pero la más bella época del collar fué en el siglo XVI, donde las elegantes los llevaban de todas las formas y de todos los largos; los más pequeños, *las argollas*, ceñían el cuello; otros descendían hasta la cintura; sencillas cadenitas sostenían un medallón o un grueso torneado de oro guarnecido con esmalte. En estas joyas la finura del trabajo triunfa sobre la riqueza de los materiales empleados

El siglo XV es el de las perlas. La reina Ana de Austria llevaba un soberbio collar de perlas que figura en las joyas de la corona; el siglo XVIII es el de los diamantes. El famoso collar de la reina, que era maravilloso y que causó un gran escándalo, marcó el apogeo y el fin del collar de diamantes, porque desde este momento se acuerda no ponérselo más en el cuello, y en tiempos de la Revolución desaparece por completo. La moda vuelve a los pocos años en el Directorio.

Con el primer Imperio vuelven las monedas de oro, las argollas ornadas de camafeos y de ánforas o de esmalte en oro; los hilos de perlas y los collares de diamantes se llevan con igual éxito.

Los collares de perlas, sobre todo los que son recomendables y escogidos por su igualdad y sus bellas aguas, tenían un valor sin rival y alcanzaban precios exhorbitantes. Se encuentra siempre quien las compre; el atractivo de esta hermosa joya es irresistible.

El collar es el rey de las joyas y en todos los tiempos se le ha llevado con verdadera pasión; pocas mujeres consienten en renunciar a este adorno, que prefieren llevarlo de piedras falsas antes que privarse de él. Maupassant ha contado en una célebre novela, la trágica historia de una señora que pidió prestado el collar de una amiga rica para ir a una *soirée*. Perdió el collar y para que no sospecharan de su honradez reunió toda su fortuna y le compró otro igual, quedando ella y su marido en una vida de miseria para llegar a reembolsar por anualidades el precio exigido por el joyero. Más de veinte años después, triste, mal vestida, abatida por su existencia de pobreza, se encuentra a su amiga, que se conservaba elegante y fresca y no pudo resistir al deseo de contarle su dolorosa historia.

«—¡Desgraciada—exclama la amiga, que no había notado el cambio—, el collar era falso!»

Los collares más hermosos se hacen de diamantes o perlas. Los de diamantes pueden tener las formas más variadas, representando lazos, flores o sencillamente de piedras puestas las unas al lado de las otras, mientras que el collar de perlas está siempre hecho de uno o varios hilos de perlas que envuelven el cuello en forma de argolla o collar de perro, o rodean el nacimiento del cuello y caen sobre el pecho.

Hay pocos collares de esmeraldas y de rubís; las piedras de color mas usadas para collares, son: el ópalo, topacio, amatista y coral.

Estos no son los collares suntuosos con que sueñan las damas; son fantasías que pueden ser costosas, pero nunca ruinosas.

Una forma muy bonita de collar rico y sencillo, es el que se compone de una cadenita de plata con un hermoso diamante caído como una gota en medio del pecho.

Para enriquecer más los collares de perlas o de piedras de color, se les pone en el cierre un broche guarnecido de brillantes.

Los collares antiguos de oro, de strass o de piedras, dan siempre un resplandor atenuado que sienta muy bien al rostro.

Las señoras de cierta edad que poseen todas las joyas bellas de la familia, parecen tener predilección por los diamantes; pero la dulzura de la perla es infinitamente preferible, porque armoniza más con los cabellos grises que el resplandor vivo del diamante.

Las jóvenes pueden ponerse collares de toda clase de piedras, metales lisos o trabajados, joyería del país o extranjera, pero deben tener en cuenta que mejor que ningún collar es el brillo de sus ojos y la frescura de su cara; el collar demostrará riqueza y lujo, pero el gusto y la prudencia debe reinar ante todo.

Las que tengan un bonito cuello delgado y flexible deberían tener la coquetería de mostrarlo sin adorno y no ponerse collares sino más tarde, cuando ya tengan arrugas que ocultar.

Por esta razón las jóvenes deben abstenerse completamente de llevar collares, a no ser un hilito muy fino de oro o de perlas.

Los pendentifs, que tienen la doble ventaja de llevarlos con cadena y con broches, no son bonitos collares porque pesan demasiado para colocarlos sobre la piel.

CAPITULO VI.

Aretes.

Muy antiguo es el uso de esta alhaja, que parece cada vez más repudiada por las costumbres modernas; las egipcias, adornadas con flores de loto, muestran ya pendientes en las orejas.

Bárbara es la costumbre de perforar la carne para mostrar colgando de ella una piedra y un pedazo de oro. Indudablemente están llamados a desaparecer.

Desde los pendientes de las mujeres romanas, que rasgaban los lóbulos con su peso, hasta el sencillo diamante llamado solitario que se atornilla delicadamente, el cambio es tan notable que indica la decadencia. Es un gran paso dado hacia la sencillez que exigen el arte y el buen gusto.

El *pendiente.*—Se hace pequeño, sin anillo. Se atornilla en el agujero de la oreja. Es una perla o diamante o una gema del mismo tono que la carne sonrosada, que realza con su frescura. Se balancea al extremo de un hilo y el efecto es maravilloso.

Se vuelve con gusto a la forma pera, que alarga la cara y afina el óvalo.

CAPITULO VIII

Brazaletes.

Muy antiguo es su uso; aparecen entre los egipcios y los griegos usados hasta por los hombres. Se hacían de oro para las personas de calidad y de cobre o hierro para el populacho y los esclavos. Las mujeres los llevaban más generalmente en figura de serpiente, o bien de un cordón o una trenza redonda terminada por dos cabezas de serpiente; en Oriente los fabricaban de cortezas de árboles. Las mujeres turcas y africanas los usan en las piernas.

Los brazaletes se han hecho formando juego con los pendientes y los collares, conociéndose las tres prendas con el nombre de medio aderezo.

Generalmente las mujeres libres lo llevan en el brazo derecho y en el izquierdo las casadas o prometidas.

En estos últimos tiempos se han hecho los brazaletes o pulseras con reloj y su uso ha vuelto de nuevo a los hombres. Está admitido que éstos lleven una cadena de oro con reloj o una correa para sostener éste alrededor de la muñeca a guisa de brazalete. También los casados o prometidos suelen llevar un arito que se conoce con el nombre de esclavitud, e indica la servidumbre de su amor y su fe. Esta joya la regala la novia o la esposa.

La diversidad, la originalidad, la busca han campado libremente en la creación de esta alhaja.

Se lleva el brazalete de tres modos:

En la muñeca, en el brazo y en el tobillo.

Se hacen brazaletes de todos los metales: oro, plata y platino.

Los más sencillos son las *cadenetas*, gruesas cadenas más o menos trabajadas, sin adorno ni piedra de color. A veces la cadena de la cadeneta se aplasta, afecta dibujos originales, nudos engastados de perlas finas y brillantes algunas veces; es el brazalete antiguo.

El aro de metal aplastado de vuestras abuelas con sus palomas y divisas ha desaparecido.

Era el porta-alegrías. Quizás tengaís en vuestros cajones recuerdos. *La semana* también ha perdido su boga.

También se hacen brazaletes de perlas finas de jade y de nácar, unidas por una delgada cadena de oro.

En fin: el último grito es el brazalete de los esclavos, círculo de oro amarillo sin adorno, liso y desnudo y muy ancho. Parece macizo y muy pesado; en realidad está hueco y parece pesar sobre las manos pequeñas. Mas aplastado este brazalete, se pone en el brazo y en el tobillo. ¿No encontráis esto muy lindo, muy raro y muy divertido?

El brazalete-reloj—reloj pulsera—de cadena extensible de oro o plata, y cuyo reloj, muy ricamente adornado con esmalte, con brillantes, con cinceladuras, es muy fino y bonito, es una creación cómoda. También se lleva el brazalete de cuero de reloj desmontable. Es una moda deportiva que tiene mucho *chic* y utilidad.

CAPITULO IX

El "Pendentif"

He aquí ya varios años que nació el *pendentif* o colgante. El verdadero *pendentif* está hecho con una cadenita ligera que baja hasta el medio de los senos. En esta cadenita de plata, de oro o platino se cuelga una perla, un brillante, una gema de color.

La perla, el brillante o la gema de color debe ser una joya hermosa. Han gustado así las perlas *barocas* que no eran redondas, pero que, en cambio, estaban dotadas de un soberbio oriente, las perlas grises y las perlas rubias.

Así se montan el brillante, la turquesa rodeada de brillantitos, el granate, el zafiro, la amatista, la esmeralda, y, sobre todo, el ópalo extraño veteado de arco iris. Estas gemas están talladas como cabujones y finamente montadas, de manera que la montura sea apenas visible. Tiemblan así al final del hilo de oro o de platino y descansan delicadamente sobre la carne, en el refugio misterioso donde nacen los senos.

El *pendentif* es una alhaja de alta elegancia y de gran discrecion.

Se hacen *pendentifs* más complicados, apretados al cuello y presentando por los hombros unas cadenitas de donde penden tabletitas de piedras de color o unas perlas finas muy pequeñas.

Estos *pendentifs*, menos discretos, más de oropel, son menos *chics* y menos ricos; pero tienen también mucho encanto y gentileza.

En las tiendas buenas hay imitaciones de los *pendentifs* orientales; se montan sobre cadenillas de plata y de *doublé* unos motivos de piedras representando unos animales sagrados egipcios, sobre el escarabajo verde.

Estos *pendentifs*, que no tienen valor ninguno, son a veces bonitos.

CAPITULO X

Broches y alfileres.

A decir verdad ya no se llevan broches, ha pasado la moda; pero es una cosa tan caprichosa, después de todo, que no puede decirse que el broche haya muerto; basta con el deseo de la señora moda para que mañana todas las mujeres vuelvan a llevar broches. Los actuales son creaciones originales, genero antiguo: cabezas de animales, animales enteros, moscas, arañas, escarabajos, o bien perlas *barrocas*, gemas de color en cabujón, rodeadas de brillantes; círculos de oro con una divisa que lleva dicha: hojas de hiedra, números 13, as de espadas, etc.

El broche es sustituído por su hermano el alfiler. Afecta formas variadas; tan pronto es una simple colección de piedras de color: rubíes, esmeraldas, granates, zafiros; tan pronto sobre un tallo de oro o de plata está colocada solo una gema engastada con delicadeza en cabujón: turquesa, granate, rubí, ágata, ojo de gato, crisólito, cornalina, jade, etc. A veces estas gemas están así colocadas: dos, tres, cuatro; seis juntas en apretada fila o separadas por una perla de oro o una perla fina.

O bien la piedra tiene una forma: es un lebrel alargado, un bastón, un pez, dos o tres cabezas de animales, etc. Las creaciones son delicadas y encantadoras.

CAPITULO XI

Alhajas de la cabellera.

Desde hace años gustan las cabelleras adornadas. Antes se contentaban con el peine de concha verdadera, arreglado al tono de la cabellera; era la única elegancia. Peinecillos de los lados, gran peineta del moño, alfileres de tocador, y esto era todo.

Ahora esos peines, esos alfileres están adornados de brillantes, de piedras de color... de perlas finas; están incrustados de oro y de esmaltes.

Las peinetas para sostener el cabello o los pelitos de la nuca se hacen de oro, de plata, de *vermeil*, engastadas con piedras preciosas.

La gran peineta que atraviesa el moño adórnase igualmente con mucha riqueza. Así, una cabeza de mujer en su simple peinado cotidiano, representa un lujo asombroso. ¿Dónde están, mis hermanas, las flores y las cintas sencillitas?

La obrera lleva cosas de vidrio en la cabeza; la burguesita tiene piedras lunares; pero, por lo menos, su cabellera está animada y no mate.

No ensalzo nada, porque es muy bonita una cabellera bien peinada y adornada.

Para las reuniones se tiene el hilo de perlas y el *sprit*, donde centellea algún diamante.

Desde hace años se ensaya las piedras de color: piedras azules para la rubia, rubíes o topacios para la morena, esmeraldas para las rojas. Parece que se armonizan y que no están mal del todo. Para por la noche el efecto que dan es muy bueno y suaviza mucho la cara.

Estas alhajas de la cabellera son bastante costosas, y hasta las de cristal alcanzan un precio bastante elevado.

CAPITULO XII

Alhajas exóticas

Todas las mujeres no tienen medios para llevar alhajas a la moda, adornos de precio y maravillas de estilo; sin embargo, todas aman las alhajas.

Algunas pobres y lindas coquetas salvan esta dificultad llevando alhajas falsas, pero esto es un crimen de leso buen gusto.

He aquí un sencillo medio para desviar la dificultad y ser bellas, distinguidas, elegantes, sin mermar mucho el presupuesto; llevar alhajas que tengan estilo, y para eso elegid alhajas exóticas.

En España tenemos la llamada de *Toledo* y las de *Eibar*, que es oro adamasquinado; la imitación del *Toledo* en cobre o *doublé* esmaltado de negro mate es muy bonito y no cuesta casi nada. Son alhajas sueltas; de eso se hacen broches, brazaletes, etc.

El Oriente tiene los cantos pintados, la plata esmaltada, la cincelada, el cobre delicadamente trabajado, el nácar con piedras finas, las sortijas, los brazaletes, los collares, los pendientes de jade, de turmalina, de ámbar amarillo, el jaspe, el mármol.

China proporciona joyas finas y encantadoras; collares, *pendentifs* y alfileres.

También sería ridículo cubrirse con alhajas exóticas; se deben usar sencillamente para sustituir a las alhajas caras. Por ejemplo: en vez de un brazalete de precio, un bonito brazalete de plata esmaltada, venido de la India, será de un efecto original.

CAPITULO XIII

Piedras de día y de noche.

Algunas alhajas se deberán llevar de día, otras por la noche porque la luz artificial o la claridad solar convienen a algunas y perjudican a otras.

Así:

El diamante tiene valor sobre todo a los reflejos de las luces o los días de muy buen tiempo con gran sol.

El rubí muy claro es muy bonito durante el día; lo mismo les pasa al zafiro y a la esmeralda; la turquesa es también bonita de día. Rubí, zafiro, esmeralda, turquesa, no deben llevarse por la noche; pierden mucho de su belleza.

Por el contrario, la amatista, el ópalo, la piedra lunar, el topacio se llevan de noche.

El agua-marina, el jacinto, el coral no se llevan más que de día.

La perla fina se lleva siempre. Por el día refleja delicadamente los tonos hasta los más tristones; alumbra; vive; por la noche, a la claridad de las luces, adórnase de blancuras lechosas, de rosas transparentes, de reflejos nacarados; es, realmente, la reina transparente de todas las alhajas.

El granate no es bello ni de día ni de noche; hace únicamente algún efecto a pleno sol.

La turquesa realzada por un cinturón de brillantitos, la esmeralda y el rubí igualmente así adornados, pueden soportarse de noche como adorno, pero tienen poco brillo; por el día acompañados del brillante son soberbios.

El ágata, el ojo de gato, el crisolito se llevan de día.

Sabed, pues, dar valor a vuestras alhajas y ofrecer a las luces o al sol las gemas que ellos quieren.

CAPITULO XIV

Joyas falsas.

Las joyas falsas han dado nacimiento a una gran industria, puesto que esos artículos, que no carecen de belleza y originalidad, proporcionan el efecto que las joyas verdaderas causan en el atavío femenino.

Las joyas de imitación se hacen generalmente en *doublé*, es decir, en cobre recubierto de una ligera lámina de oro.

Se montan en ellas diamantes falsos o de imitación y cristales de colores que imitan bien el zafiro, la esmeralda y hasta el rubí.

Las damas mantienen respecto a ellas dos opiniones contrarias. Unas dicen que no se deben llevar joyas que no sean verdaderas, mientras que las otras alegan que para el efecto de belleza son iguales, si no para la vanidad de poder permitirse tales gastos.

Para poner de acuerdo a unas y otras podemos decir que las imitaciones han llegado a ser tan perfectas, que pueden llevarse sin peligro de ser descubiertas.

CAPITULO XV

Para reconocer la autenticidad de un diamante.

Se reconoce el brillante verdadero por la igualdad y la intensidad de su brillo.

Un brillante falso no brilla jamás de perfil, mientras que el brillante verdadero da resplandores y brilla en todos sentidos.

Pero es preciso una gran costumbre de ver y observar por muchos años los diamantes, para distinguir los falsos de los verdaderos. Con frecuencia sucede que la experiencia no es suficiente para distinguirlos; es preciso tener recursos de procedimientos, unos científicos y otros sencillamente empíricos.

El lápiz de aluminio raya las imitaciones y no deja trazas sobre los brillantes verdaderos.

El diamante verdadero sumergido en el agua fría conserva todo su resplandor, mientras que los diamantes falsos se enturbian.

Existen otros procedimientos más sencillos, como el de calentar la piedra resfregando fuertemente, el calor se esparce inmediatamente por el diamante verdadero mientras que en el diamante falso se esparce lentamente.

Se puede observar también que el diamante como todas las piedras finas, es mucho más frío que el vidrio. Pero esto es un efecto de impresión personal del que no se puede fiar.

CAPITULO XVI

Piedras preciosas.- El diamante.

Como las damas tienen especial predilección por estas flores del subsuelo, que parecen guardar aprisionados rayos de sol, daremos una ligera idea de las más solicitadas.

El diamante, que ocupa el primer lugar entre las piedras preciosas, fué conocido desde la más remota antigüedad. El nombre *adamas,* que le dieron los griegos, se encuentra hoy, más o menos alterado, en la mayor parte de las lenguas de Europa, y por consiguiente, de América, para designar esta gema. *Adamas* significa indomable en la lengua griega, y la excesiva dureza del diamante justifica perfectamente esta denominación; pero vemos en la lectura de las obras de la antigüedad, que, procediendo por inducción, atribuían al diamante muchas otras propiedades que de ninguna manera tiene, tales como ser refractario a la acción del fuego y resistir incólume al choque del martillo. Así lo dicen Lucrecio y Plinio, por no buscar textos más antiguos.

Esta opinión se mantuvo largo tiempo. Así, en 1476, después de la batalla de Morat, habiéndose apoderado los suizos de la tienda de Carlos el Temerario, encontraron entre otras riquezas cierto número de diamantes. Para cerciorarse de su legitimidad, los golpearon con un martillo y un hacha, persuadidos como estaban de que resistirían la prueba si eran legítimos diamantes, y necesariamente los hicieron añicos.

Los diamantes conocidos de más antiguo por los romanos, provenían de la Etiopía; pero mucho antes de la época en que escribía Plinio, se traían ya de la India. Hasta el siglo XVIII sólo se conocieron minas de diamantes en las Indias, en el imperio del Mogol y en la isla de Borneo. Pero en aquella época, el descubrimiento de terrenos diamantíferos en el Brasil, en la provincia de Minas-Geraes, después de haber traído una profunda perturbación en el comercio de diamantes, cambió completamente tal estado de cosas. En la actualidad, el Nuevo Mundo suministra casi exclusivamente los diamantes al comercio europeo, sobre todo desde el descubrimiento de las minas de Bahía, que durante cierto tiempo fueron extraordinariamente ricas.

Los diamantes se encuentran casi siempre en arenas en aluviones provenientes de la disgregación de rocas antiguas, y arrastrados por las aguas a distancias muy apartadas a veces de su punto de partida.

Comenzaremos la descripción de los diamantes célebres citando lo que dice Caverníer de los del Gran Mogol:

«La primera piedra que Akel-Kan me puso en la mano fué este gran diamante, que es una rosa muy alta por un lado. Sus aguas son muy bellas y su peso de 280 quilates. Cuando Mirgimola, que hizo traición a su amo el Gran Mogol, regaló esta piedra a Cha-Gean, a cuyo lado se retiró, estaba en bruto y pesaba entonces 787 quilates y medio y tenía muchas manchas. Si esta piedra hubiera estado en Europa, se habría tratado de otra manera, pues se le hubieran quitado buenos fragmentos y habría quedado con más peso. El veneciano Hortensio Borghi fué el lapidario que la talló, siendo muy mal recompensado, pues cuando estuvo tallada, se le reconvino por haber echado a perder una piedra que podía haber conservado más peso, y en vez de pagarle, aun le despojó el rey de todo el dinero que tenía. Si Hortensio Borghi hubiera sabido bien su oficio, habría podido sacar de esta piedra buenos fragmentos sin perjudicar al rey y sin tomarse tanto trabajo para labrarla; pero no era Borghi un gran lapidario.

»Después de haber examinado bien esta gran pieza, se la devolví a Akel-Kan, el cual me enseñó otro diamante de muy bella forma y hermosas aguas, con otros tres diamantes llanos, dos de ellos limpios y el otro con puntitos negros. Pesaba cada uno de 48 a 50 quilates y el primero 54 y medio. Luego me enseñó una joya de doce diamantes; pesaba cada uno de 13 a 14 quilates y todos tallados en rosa. En medio había una rosa en forma de corazón, de hermosas aguas, con tres pequeños paños. Esta rosa pesaba de 30 a 35 quilates.

»Tiene la forma de medio huevo, y está tasado en doce millones de francos, Parece ser que el célebre Nadir Schah se apoderó de él y está actualmente en Persia.»

Conocido es también el bello diamante *Agrah*, que pensaba en bruto 645 5|8 quilates. Tavernier lo estimaba en 25 millones de francos.

Uno de los diamantes más célebres es el del rajá de Matúm, en Borneo. Pesa en bruto 318 quilates, y tiene la forma de una pera bastante regular.

La India ha suministrado también un grueso diamante que posee el rey de Golconda, el famoso *Nizam*, que en bruto pesaba 340 quilates, y estaba tasado en cinco millones de francos.

Otro de los diamantes más célebres del mundo pertenece a Francia, y es el *Regente*, que a sus dimensiones considerables reune en grado supremo todas las cualidades que se buscan en estas magníficas producciones.

Se encontró en la mina de Partul, a 45 leguas al Sur de Golconda, y pesaba en bruto 410 quilates.

Se estuvo labrando por espacio de dos años, gastándose en este trabajo 125.000 francos. Quedó entonces reducido a 136 14|16 quilates; pero a pesar de disminución tan considerable, no hubo sino aplaudir la obra, porque quedó admirablemente labrado.

Se lee en todas partes que este diamante en bruto fué comprado en Madras por el abuelo de William Pitt, comandante entonces del fuerte de San Jorge, que pagó por él 312.500 francos, y que en 1717 lo compró por 3.375.000 francos el duque de Orleans; regente de Francia durante la minoría de Luis XV.

Otro bello diamante es el *Emperatriz Eugenia*. Está cortado en brillante, y pesa 51 quilates.

Un diamante muy célebre, que perteneció mucho tiempo a Francia, es el *Sancy*. pero no hay conformidad de opiniones sobre la identidad del diamante que lleva este nombre. Según unos, lo trajo de Constantinopla un embajador de este nombre, habiendo pagado por él, 6.000 francos; según otros, adornaba el casco de Carlos el Temerario, el cual lo perdió en la batalla de Granson.

Habiéndoselo encontrado un soldado, hubo de venderlo por dos francos a un fraile, que a su vez lo vendió por tres. Entonces desapareció; pero en 1589 formaba ya parte de la pedrería de Antonio, rey de Portugal. Este príncipe lo dió en prenda a Sancy, tesorero del rey de Francia, adquiriéndolo al fin por la suma de 100.000 libras tornesas. El diamante permaneció mucho tiempo en la familia Sancy, hasta que Enrique III lo adquirió. Estaba destinado a servir de prenda para levantar un cuerpo de suizos, pero el criado que se encargó de llevar este diamante al rey fué asesinado en el camino y se creyó perdido ya el diamante. A fuerza de pesquisas, se llegó a averiguar que el criado fué asesinado en el bosque Dole,

cuyo párroco le había dado sepultura en el cementerio del pueblo. «Entonces—dijo el barón de Sancy,—mi diamante no está perdido.» Y en efecto, se encontró en el estómago del desgraciado y fiel servidor, que se lo tragó cuando vió que iba a sucumbir.

Según el inventario de 1791, pesaba el *Sancy*, 33 12|16 quilates. Además de su considerable peso, esta piedra ofrece aún muy especial interés por su forma particular y su labrado, de que hablaremos en otro capítulo.

El *Sancy* desapareció en 1792. Después de muchas peregrinaciones llegó a la corona de Rusia. Está tasado en un millón de francos; pero según Helphen, tan competente en la materia, este precio es exagerado.

Entre los principales diamantes del Brasil, se cuenta el que tallado en pirámide adorna el puño de oro del bastón de Juan VI; está tasado en 872.000 francos. El Brasil suministró también los veinte diamantes que formaban la botonadura de la casaca de ceremonia de José I, tasado cada uno en 125.000 francos. El traje completo representa la enorme suma de dos millones y medio de francos.

Pero la maravilla de las producciones del Brasil es la llamada *Estrella del Sur*. Se encontró este diamante extraordinario el año de 1853, en las minas de Bogagán, una pobre negra, y pesaba en bruto 257 y medio quilates. Lo compró Mr. Helphen.

Entre los diamantes procedentes del Brasil citaremos también los tres gruesos diamantes del rey de Portugal.

El primero se conoce con el nombre de *Rey de Portugal*, y se encontró en un sitio llamado Cay de Merin, cerca del riachuelo de Malhoverde. Mawe dice que pesa 1.680 quilates y los diamantistas del Brasil lo tasan en 500 millones. Pero se cree que sea un topacio, y entonces desaparecen los millones.

Inglaterra.—La corona de Inglaterra es muy rica en bellos diamantes; pero la piedra más preciosa es la famosa *Ko-hi-noor* (montaña de luz). A dar crédito a la leyenda, es el más antiguo de los diamantes conocidos, pues ya lo llevaba Kasna, rey de Agra, que vivía 3.001 años antes de nuestra era. «Notad esta precisa cifra», dice Babinet; y nosotros diremos con él: «A esto no tengo nada que objetar; hasta salgo garante de esta curiosa aserción, pues ¿quién desmentirá mi testimonio?»

El *Ko-hi-noor* es una piedra de primer orden; pero su espesor no corresponde a su extensión.

Además del *Ko-hi-noor* y gran número de perlas finas, la corona de la reina Victoria tiene 497 diamantes, cuyo valor se calcula en más de dos millones de francos.

Otro diamante harto conocido es el llamado *Piggott*, que el conde de este título trajo de las Indias. Su peso es de 81 1|4 quilates. En 1801 se jugó a la lotería, tasándolo en 750.000 francos; después vino a ser propiedad del bajá de Egipto, que dió por él la misma suma, y no se sabe quién es hoy su poseedor.

El *Nassak* o *Nassac* es de forma triangular con facetas curvas.

Rusia.—El país más rico actualmente en diamantes es probablemente Rusia.

Además de las colecciones especiales de diamantes, existen en el tesoro de este Imperio tres coronas formadas completamente de diamantes. La primera, la de Ivan-Alexiowitch, contiene 881; la de Pedro el Grande, 847, y la de Catalina la Grande, 2536.

Entre los gruesos diamantes rusos, el más notable es el *Orlow;* pesa 193 quilates y tiene la forma de medio huevo. Es uno de los adornos del cetro imperial.

Este rico diamante es originario de la India.

Otro excelente diamante ruso es el llamado *Schah*, por haber pertenecido a los antiguos sofíes de Persia; tiene muy bellas aguas y pesa 95 quilates.

El tercer diamante ruso de gran tamaño es la *Luna de montaña*. Fué comprado en 50.000 piastras a un jefe afgán por un negociante armenio llamado Schafnas, que lo conservó por espacio de doce años. Envió entonces a un hermano suyo a Amsterdam para ver de venderlo, y después de largas negociaciones, lo adquirió Rusia por 450.000 rublos de plata (1.800.000 francos) y título de nobleza para el vendedor.

Austria.—El más hermoso diamante austriaco es el *Gran duque de Toscana*.

Es un tanto amarillo, tallado en nueve caras y cubierto de facetas, formando una estrella de nueve rayos.

Este diamante pertenecía a Carlos el Temerario, que lo perdió en la batalla de Granson. Encontrado por un soldado, lo vendió a un negociante milanés, a Ludovico Sforza, duque de Milán, y muy luego pasó a manos del Papa Julio II, quien se lo regaló al emperador de Austria. Este diamante estaba en Granson, acompañado de otro más pequeño que Carlos el Temerario llevaba al cuello. Hoy forma parte de la pedrería que adorna la tiara del soberano pontífice. El *Gran duque de Toscana* pesa 139 quilates y medio.

Egipto.—El Egipto posee un magnífico brillante de 40 quilates, que lleva el nombre de *Pachá de Egipto*, y costó 100.000 francos.

Se cita en Holanda un diamante de 36 quilates, tasado en 260.000 francos, y otro en el Tesoro de Dresde, que pesa 31 quilates y medio.

Para cerrar la lista con una excepción, en medio de estas brillantes excepciones de la Naturaleza, citaremos el *Diamante azul* de M. Hope. Su peso de 44 1|8 quilates lo pone en segunda línea en cuanto a dimensiones; pero su color azul zafiro, junto con su esplendor diamantino, hace de él verdaderamente una piedra sin semejante. Costó 450.000 francos; pero, según personas muy competentes, vale mucho más.

Rubis.—El rubí oriental es el verdadero rubí. El rubí espinela y el rubí balaja deben distinguirse cuidadosamente del oriental, pues no tienen ni la composición ni la constitución de éste.

M. Babinet dice:

La primera de las piedras de color, tanto por su belleza como por su valor, es el rubí oriental. Para tener su color en más bella calidad, hay que tomar el de la sangre que salta de la arteria o el rayo rojo del espectro solar en medio del espacio que ocupa. Es también el color rojo de la paleta del pintor, sin ninguna mezcla de violeta por una parte, y anaranjado por otra. Muchas vidrieras rojas de nuestras antiguas basílicas, atravesadas por la claridad del día, nos dan también este brillante color. El rubí es excesivamente duro, y después del zafiro, que lo supera un poco en este concepto, es la primera de las piedras, exceptuando siempre el diamante, con el que no puede compararse ninguna. Según observación perfectamente exacta de M. Carlos Achard, el más competente en Francia en lo que toca al comercio de piedras de color, no sucede con estas piedras lo que con el diamante, el cual, desde el más diminuto ejemplar hasta el diamante principal o soberano, tiene, como el oro y la plata, un precio proporcionado a su peso. En cuanto a los rubíes y las otras gemas, los ejemplares pequeños no tienen casi ningún valor, comenzando a ser apreciados cuando su peso los saca de una confusión vulgar, dándoles rareza y relativo valor. Si un rubí perfecto de cinco quilates (un gramo, peso de una moneda de oro de 20 reales) circula en el comercio, se ofrecerá por él el precio doble de un diamante del mismo peso, y si este rubí tuviera 10 quilates, valdría el triple de un diamante perfecto de peso igual, precio que sería, sin embargo, de 20 a 25.000 francos. He visto muchas y bellas colecciones pertenecientes a aficionados, y visitado y consultado a muchos lapidarios: todos admiten que un rubí es la más rara de las producciones de la Naturaleza. La tinta del rubí, a la luz del día y a la luz artificial, tiene siempre la misma ventaja.

Rubíes célebres.—El rubí más grueso que se conoce es el que cita Chardin, y en el cual estaba grabado el nombre de *Scheik Sephy.*

Otro igualmente poseía el sah de Persia; fué dibujado por Tavernier. Pesaba 175 quilates.

El tercero, perteneciente al rey Visapur, se dió por él, en 1653, la suma de 74.550 francos.

El cuarto lo vió Tavernier en la India, y aunque a juicio de este viajero no fuera de los más bellos, hubo de ofrecer a su propietario, negociante en pedrería, hasta 60.000 francos, sin poderlo obtener por este precio.

El quinto es el que poseía Gustavo Adolfo y regaló a la zarina en 1777, cuando hizo su viaje a San Petersburgo. Era del tamaño de un huevo de gallina.

Según el inventario de 1791, poseía la corona de Francia 81 rubíes de Oriente, tasados en 33.000 francos.

CAPITULO XVII

Diversas clases de piedras.

Zafiros.—La palabra zafiro parece derivarse del siriaco *saphilah*, expresión que designa la misma substancia en esta lengua oriental.

En el comercio se conocen cuatro piedras diferentes que llevan el nombre de zafiro:

Zafiro de Oriente.
Zafiro del Brasil.
Zafiro del Puy.
Zafiro de agua.

Son corindones los tres primeros, y pertenecen, por consiguiente, al verdadero zafiro. El zafiro de agua es un cuarzo colorido y forma una piedra casi sin valor.

Ojo de gato.—Es una piedra verdosa bastante rara que Ceilán suministra al comercio. Contiene en su interior hilitos de amianto blancos, en los cuales se refleja la luz intensamente. Cuando esta piedra está cortada en cabujón, parece que la faja flota y cambia de posición a medida que se mueve la piedra.

Entre los zafiros célebres, citaremos, en primer lugar, el que figura en el famoso y triste *proceso del collar*. Encontrado en Bengala por un pobre hombre que vendía cucharas de palo, fué traído a Europa y comprado por la casa Raspoli de Roma. Vino luego a manos de un príncipe alemán, que lo vendió a un joyero francés llamado Perret por 170.000 francos. Esta hermosa piedra, sin defecto alguno, pesa 133 1|2 quilates, y forma hoy parte de las riquezas del Museo de Historia Natural de París.

Hay también en la misma colección un zafiro de gran belleza, y sobre todo de un tamaño excepcional. Es ovalado y tiene 50 milímetros por 36.

En Inglaterra hay dos zafiros magníficos que pertenecen a miss Burdett Contts, y están tasados los dos en 750.000 francos.

Topacios.—Como la mayor parte de las piedras preciosas, divídense los topacios en orientales y occidentales.

Bajo todos sus aspectos, el topacio oriental debe distinguirse cuidadosamente de los demás, porque sólo él está formado de alúmina pura. Los otros no admiten ya esta substancia en el número de sus elementos, sino en la proporción de un 57 o 58 por ciento.

Un topacio célebre, comprado en Goa por el Gran Mogol, pesaba 157 3|4 quilates, y se dió por él la suma de 271.500 francos.

Amatistas.—La amatista es una piedra preciosa de primer orden, y se divide también en orientales y occidentales. La amatista oriental es una substancia rara, de esplendor magnífico y de color violeta ligeramente matizado de rojo.

En el inventario de la corona de Francia en 1791, figuran, bajo la denominación de piedras sueltas y talladas, tres amatistas orientales, una de las cuales está justipreciada en 6.000 francos, pesando 13 8|16 quilates.

Esmeraldas, berilos, aguamarinas.—Estas tres piedras son poco más o menos una sola y misma substancia en cuanto a su composición, a su constitución cristalográfica, es decir, desde el punto de vista científico. Pero con relación al comercio, son muy diferentes: el valor de la esmeralda es mucho más considerable que el de las otras dos.

La esmeralda es una de las piedras más raras y preciosas cuando posee una

lista verde de bello matiz, y es completamente hialina. Y por el contrario, es bastante común en estado de cristal medio transparente y de un verde agua. En casi todas las montañas graníticas se encuentran. En Francia las hay en la Bretaña, en la Vendée, en la Auvernia, en el Lemosín, encontrándose en esta última comarca, algunas de dimensiones considerables.

La notable coloración de la esmeralda es debida a un 8 o 9 por ciento de óxido de cromo.

La forma fundamental de los cristales de esmeralda es el prisma regular de seis caras.

Berilos.—El berilo y el aguamarina constituyen para los lapidarios y negociantes en pedrería, un grupo bien definido, del todo distinto de la esmeralda. Para ellos el berilo es la especie oriental y el aguamarina la especie occidental.

Aguamarinas.—Esta piedra es hoy de un valor muy escaso, y sin embargo, tiene una propiedad verdaderamente notable, que hubiera debido impedir que desmereciera como ha desmerecido.

M. Babinet dice: «Es curioso espectácnlo ver cómo un magnífico zafiro azul pierde todas sus ventajas al llegar la noche, mientras un pobre adorno de aguamarina no sólo conserva todos sus efectos, sino que parece adquirir más esplendor. Los ingleses son tan aficionados al aguamarina como los españoles al topacio.»

La esmeralda es la piedra preciosa que más pretextos ha suministrado para las mayores exageraciones.

El libro de *Ester* nos presenta la sala de Asuero pavimentada de esmeraldas. Es probable que sólo fuera de jaspe verde.

En Herodoto se encuentra por la primera vez la descripción de aquellas esmeraldas gigantescas de que nos hablaron luego Teofrasto, Apiano y Plinio.

Teofrasto refiere que se leía en los libros de los egipcios que un rey de Babilonia había enviado a uno de sus reyes una esmeralda de cuatro codos de larga por tres de ancha, y que había en Egipto, en el templo de Júpiter, un obelisco hecho de sólo cuatro esmeraldas, el cual tenía, sin embargo, cuarenta codos de alto y cuatro de ancho. El mismo autor añade que en la época en que escribía se veía aún en el templo de Hércules, en Tiro, un pilar en pie de una sola esmeralda. Finalmente, Apiano refiere que existía en Egipto una estatua colosal de Serapis hecha de una sola esmeralda, y cuya altura era de nueve codos.

Berilos y aguamarinas notables.—El más bello berilo conocido es el de M. Hope, que pesa 184 gramos y cuesta 12.500 francos; proviene de la mina de Cangayum, distrito de Coimbatoor, en las Indias Orientales. Hay que mencionar también el que domina el globó de la corona de Inglaterra, el cual es perfectamente límpido y de color bellísimo: está cortado en forma oval y parece tener 55 milímetros de largo, 40 de ancho y 30 de espesor.

También es célebre la aguamarina que adornaba la tiara del papa Julio II. Tenía 55 milímetros de longitud por 36 de latitud. Aunque un tanto empañada, pasaba por muy notable entre los inteligentes.

Turquesas.—Hay una turquesa occidental y dos orientales: la *vieja* y la *nueva roca*.

La turquesa oriental es una piedra aluminosa, pero la alúmina no entra ya sino por mitad apenas en su composición.

El color azul tan característico de la turquesa es debido, en gran parte al menos, a una combinacion en que entran siempre el ácido sulfúrico, el cobre, el hierro, y probablemente también el agua, de que contiene un 18 o 19 por ciento.

La turquesa es objeto de un comercio considerable y de gran recurso en la joyería, asociándose perfectamente a los diamantes, perlas, etc.; pero como abunda bastante, no tiene un precio muy alto, a no ser ejemplares de cierto volumen, que son muy caros.

En la venta del gabinete de M. Drée, una turquesa de la roca vieja, de 12 milímetros por 11, se vendió por 500 francos; y lo que muestra bien la gran diferencia que hay entre las turquesas de vieja y nueva roca es que, en la misma venta, una turquesa de nueva roca, de un bellísimo color azul de cielo, de 10 milímetros por nueve, se vendió sólo por 121 francos.

Los orientales emplean las turquesas para sus amuletos, y por eso se encuentran a menudo piedras de estas en que están grabadas sentencias, generalmente tomadas del Corán.

Iris.—El iris es un cuarzo muy límpido y transparente, y está cristalizado, lo que le distingue inmediatamente del ópalo.

El iris ha tenido mucha estimación, a pesar del desdén con que se le mira hoy. En tiempo del primer Imperio se habló mucho de un aderezo de iris que solía llevar la emperatriz Josefina.

Opalos.—El ópalo no admite otro color propio que un reflejo siempre azulado, enteramente análogo al de ciertos cuarzos resinistas de que el ópalo no es más que una variedad.

Un accidente físico es lo que constituye la verdadera belleza y, por consiguiente, el gran valor del ópalo. Esta piedra está atravesada en todos sentidos por una multitud de hendeduras llenas de aire y de humedad, que impiden que se propague la luz regularmente y ocasionan al mismo tiempo fenómenos particulares de coloración en extremo notables.

El aspecto ofrecido por el ópalo es magnífico: el color violeta de la amatista, el azul del zafiro, el verde de la esmeralda, el amarillo del topacio, el rojo del rubí se muestran, ora aisladamente en ciertas partes de la piedra, ora diversamente asociados en otros. Estos colores tan vivos y puros sacan todavía nuevo esplendor del fondo blanco lechoso en que se destacan: su aspecto viene a ser entonces verdaderamente fantástico.

El ópalo se encuentra en Arabia, en Ceilán, en Hungría, en Sajonia, en Islandia, en Escocia y en Méjico; pero Hungría y Méjico suministran hoy la mayor parte de los que circulan en el comercio europeo.

Es verdaderamente extraordinaria la especie de pasión que los antiguos tenían por esta piedra. Para convencerse de ello bastará recordar el hecho transmitido por Plinio acerca del senador Nonio, el cual, poseyendo un ópalo del tamaño de una nuez pequeña, prefirió salir desterrado con su piedra a cedérsela a Marco Antonio.

Agatas.—La disposición del cuarzo ágata en el interior de la tierra difiere en general de lo que sucede con las demás piedras preciosas. El ágata se halla casi siempre en estado de concreción, y rara vez se encuentra en filones. Las materias silicosas se extendieron en superficies preexistentes y siguieron rigurosamente sus contornos, por irregulares que fueran. Se ve que la materia constitutiva se depositó por hojas delgadas, absolutamente como las capas sucesivas de cola. A menudo también se encuentra a un lado de los riñones una especie de embudo, por el cual se ha introducido la materia silicosa.

Las ágatas se dividen, naturalmente, en dos variedades: ágatas de una sola tinta y ágatas de muchas tintas.

Primera variedad: calcedonia.—La calcedonia es una piedra bastante común, siempre nebulosa, de un color blanco mate o blanco de leche y a veces azulado. En este último caso toma el nombre de *zafirina crisoprasa.* Es una calcedonia colorida por el óxido de níquel, y su color varía desde el verde oscuro hasta el verde más bajo. Está casi siempre hendida y aún encierra con frecuencia cuerpos extraños, pero todo esto se corrige con la rueda haciéndola tomar buen bruñido. Hace cincuenta años que esta piedra estuvo muy en boga, habiendo caído hoy en completo olvido, y merecería, mejor que otras muchas que se estilan, ponerse en uso, al menos en la joyería falsa.

Cornalina.—Es una especie de calcedonia, pero de pasta mucho más fina. Los antiguos confundieron la cornalina con la sardónica, y hasta el siglo XIII, en los escritos de Alberto el Grande, no se establece la distinción.

En la cornalina se conocen algunas variedades que recuerdan el jacinto, y otras de color de bermellón que tienen alguna analogía con el rubí, pero el que tiene casi siempre es el color del cuerpo bruñido.

Heliotropo.—Es un ágata de un color verde puerro vivo, poco translúcido y con puntos rojos. Los antiguos le atribuían la singular propiedad de cambiar el color de los rayos del sol cuando se echaba en un vaso lleno de agua. De aquí su nombre, formado de dos palabras griegas, *helios* (sol) y *trepo* (yo cambio).

Segunda variedad. La variedad más célebre entre las ágatas de muchas tintas, es el *ònix* u *ònice*. En el origen, esta palabra *ónix*, que significa uña, se dió a las ágatas blanquecinas, cuyo color se parece mucho a una uña separada de la carne, pero después se extendió y aun se desvió la significación de esta palabra, y sirve hoy para designar las ágatas que tienen pocas vetas o fajas y cuyos colores son muy marcados: negro y blanco o blanco parduzco.

Sardónica.—Tanto por su contextura como por su etimología, esta palabra parece sinónima de sardónice.

Algunos mineralogistas hasta han creído que la sardónica no era otra cosa que la sardónice; pero aunque bajo el punto de vista científico el hecho es probable, respecto al arte es cosa diferente. Los grabadores en piedras duras establecen entre estas dos substancias una diferencia muy notable. Para ellos, la sardónica, a pesar de su color oscuro, tiene amarillo y rojo, sin que ninguno de ellos domine.

Se ve que la sardónica difiere completamente de la sardónice en que el matiz de las sardónicas es de una pureza perfecta.

Jaspe.—Dice Dufrenoy:

«El cuarzo jaspe es completamente opaco, aun en láminas delgadas, y esta propiedad es la que lo distingue de otras variedades. Con frecuencia este jaspe es un sílex que ha venido a ser opaco, ya por la alteración que ha sufrido, ya por la adición de cierta cantidad de óxido de hierro o de hidrato del mismo óxido. Hay jaspes rojos pardos y verdes. En ciertas circunstancias, como en el guijarro de Egipto, presenta el jaspe zonas irregulares que muestran una estructura groseramente concéntrica.»

Granate.—El granate es un conjunto de minerales que difieren mucho por el color, el peso específico, la composición química, etc., pero cuya forma fundamental no cambia nunca y que ni aun presenta más que un pequeño número de modificaciones secundarias. Los granates pertenecen al sistema regular y están siempre cristalizados. Dos formas secundarias solamente se reproducen casi siempre: el dodecaedro romboideo y el trapezoide.

Lapizlázuli.—El lapizlázuli es un mineral de un bello color azul y cuyas tintas varían desde los tonos pálidos hasta el azul oscuro.

El tesoro de la corona de Francia posee muchos y magníficos objetos de lapizlázuli, entre otros:

Una copa de lápiz piritoso en forma de navecilla, de grandes dimensiones, tasada en 200.000 francos.

Un sable de mango de lapislázuli, que Tippoo Saih regaló a Luis XVI, tasado en 6.000 francos.

Una cubeta de lapislázuli mezclado de cuarzo y piritas, de 298 milímetros de largo por 166 de alto, tasada en 8.000 francos.

Malaquita.—La malaquita o verde de montaña es un carbonato de cobre hidratado, depositado en fragmentos llenos de cristales o agujas, que da a la masa un aspecto fibroso y tornasolado. La malaquita serrada y pulida ofrece muy bello aspecto; sobre un fondo verde malva muy agradable se destacan en mil curvas caprichosas listas o zonas de diversos colores, producidas por la sección de capas sucesivas de los compuestos cobrizos.

Se tallan en láminas los objetos de joyería en malaquita, pero en joyería propiamente dicha es muy poco usada; su uso principal es la fabricación de cajas tabaqueras, estatuitas, etc. Tratándose de fragmentos excepcionales, la malaquita en bruto vale de cuatro a 20 francos kilogramo.

En otro tiempo se citaban como una maravilla fragmentos de malaquita de 10 a 12 kilogramos de peso. Pero en la Exposición de 1867 el príncipe Demidoff hizo exponer fragmentos más considerables en peso y de gran valor artístico.

CAPITULO XVIII

Las perlas.

La perla es un producto animal, secreción de cierto número de moluscos de concha, que viven unos en el mar y otros en agua dulce. Las perlas son bastante comunes, pero las que a sus dimensiones un tanto considerables añaden una forma regular y bellos reflejos, son raras y de mucho precio.

La perla es un cuerpo muy frágil, formada casi exclusivamente de cal y de materia orgánica, y bajo el punto de vista de la resistencia no tiene nada de común con las piedras preciosas, aun las más tiernas.

Según nos muestra un bello grabado de Triforo en Sandònica, *Las bodas de Cupido y Psiquis,* la perla estaba consagrada a Venus. Los dos esposos tienen la cabeza cubierta con un velo, pero es de tal modo transparente, que se ven perfectamente sus facciones. Es un trabajo sumamente difícil, sobre todo en un grabado de piedra.

Se han emitido muchas opiniones sobre el origen de la perla. La más práctica es la opinión de los antiguos, que atribuían la formación de la perla a una gota de rocío accidentalmente introducida en la concha.

Hase creído que la perla era un producto mórbido del animal, y sobre todo se ha pensado que tenía por origen un cuerpo extraño (arena, animal, parásito, etc.) introducido accidentalmente en la concha. Molestando este cuerpo al animal, cúbrelo éste de su secreción perlada para desembarazarse de él. Partiendo de esta idea, los chinos han llegado a obtener artificialmente perlas atravesando la concha e hiriendo ligeramente al molusco.

Para que una perla sea de primera ha de tener, ante todo, bellas aguas, es decir, blancura depurada, unida a un vivo esplendor que centellea a la luz. Las perlas más estimadas son las blancas que tienen un reflejo ligeramente azul.

La segunda cualidad de una hermosa perla es su forma esférica o de pera regular.

Las perlas cuyo color es amarillento son de segunda clase.

Los buzos, que ejercitados desde su juventud podían al fin permanecer hasta seis minutos sin respirar en el fondo del mar, hacían la pesca de ostras perleras. Este espantoso oficio, por los prodigiosos esfuerzos que tienen que hacer y la considerable presión a que están sometidos, determina en ellos multitud de accidentes gravísimos: el cuerpo se les cubre de llagas y ninguno llega a la vejez.

La perla no debe nada al arte; todos los ensayos hechos para darle mayor precio no dieron más resultado que el deterioro. Es, pues, natural creer que la perla es una de las más antiguas sustancias empleadas como objeto de adorno. En efecto, por más lejos que nos remontemos en los tiempos pasados, la vemos figurar en primera línea.

La mitología india habla a menudo de la perla, cuyo descubrimiento atribuye al dios Vischnú, el cual hubo de sacarla del Océano para adornar a su hija Pandaia.

Igualmente hacen mención de ella el *Libro de Job* y los *Proverbios* de Salomón. Las narraciones de los antiguos historiadores nos muestran bien claramente el aprecio que hacían de la perla los babilonios, los egipcios y los persas.

Todo el mundo conoce la famosa historia de Cleopatra, que, queriendo competir con Antonio en prodigalidad, se sacó una de las dos perlas que llevaba en las orejas, y que habían costado 3.800.000 francos, la disolvió en vinagre y se la tragó. Con frecuencia se ha negado la posibilidad de este hecho, y sin razón, por-

que el hecho es muy posible. Ciertamente que se obtiene así el brebaje más abominable que se puede imaginar; pero se produce el hecho de la disolución.

La perla que César regaló a Servilia, hermana del célebre Catón de Utica, había costado unos seis millones de reales. La emperatriz Lolia Paulina, mujer de Calígula, llevaba en un solo adorno perlas por valor de treinta millones. El mismo Calígula, Nerón y muchos otros de aquellos hombres feroces que la Historia tiene que poner en el número de los emperadores romanos, adornaban de perlas su calzado y los muebles de las salas en que celebraban sus festines.

Los agentes exteriores y la acción del tiempo hacen perder a las perlas los hermosos reflejos que constituyen todo su valor, poniéndose con frecuencia amarillentas bajo estas influencias. Hay también perlas naturales, de bella forma y bastante voluminosas, que no ofrecen estos reflejos, y cuyo color es bastante sombrío: en ambos casos se designan con la denominación de *perlas muertas*. Como en este estado tienen muy poco valor, se han ensayado de mil maneras los medios de devolverles su esplendor.

En algunos casos ha sido feliz el ensayo; en otros muchos, no.

Una escritora en su libro *Confidencias de artistas*, dice que Tórtola Valencia tiene el poder de resucitar las perlas muertas al contacto de su piel, poder que tienen las mujeres de raza india, pero que no ejercen sin peligro, pues es como un intercambio que comunica su salud a la perla y las enferma a ellas.

Perlas célebres.—La perla más célebre que se ha visto en los tiempos modernos es la que cita el célebre viajero Tavernier. Se la encontró un árabe en los parajes de Catifa y la compró, en 1633, el rey de Persia por 1.400.000 francos.

La perla conocida con el nombre de *Peregrina*, comprada por Felipe II, rey de España, pesaba 134 quilates, tenía forma de pera y el tamaño de un huevo de paloma. Provenía de Panamá y estaba tasada en más de 50.000 ducados.

Otra perla más famosa aún es la que trajo de las Indias Gorgibo de Calais y presentó a Felipe IV de España. Era también de forma de pera y pesaba 126 quilates.

—¿Cómo, pues—dijo el rey al negociante—, te has atrevido a poner toda tu hacienda en una cosa tan menuda?

—Sabía—contestó éste—que había en el mundo un rey de España para comprármela.

En el inventario de 1789 aparece que la corona de Francia poseía en aquella época por valor de un millón de perlas, entre las cuales había:

1.° Una perla virgen, redonda, de magnífico esplendor y de 27 5|16 quilates, tasada en 200.000 francos.

2.° Dos perlas en forma de pera regular, de muy hermoso brillo, y de 57 11|16 quilates, tasadas juntas en 300.000 francos.

3.° Otros dos pares de perlas en arracada, de 99 6|16 quilates en junto, tasadas en 64.000 francos.

Poseía Francia también una magnífica perla, que trajo de Berlín el emperador Napoleón I. La montó con éxito completo el hábil artista M. Lemonnier.

Cuando la princesa de Inglaterra se casó con el rey de Prusia Federico Guillermo, recibió, entre otros aderezos, un magnífico collar de 32 perlas. Hase dicho que estas perlas no eran de primera; sin embargo, el collar está tasado en francos 500.000.

CAPITULO XIX

Coral, ámbar y azabache.

El coral es un producto secretado por unos animales que constituyen una tribu muy reducida en la gran clase de los pólipos. El color del coral parte del rojo in-

tenso hasta llegar al blanco completo. Su valor comercial varía en enormes proporciones con la coloración del producto, siendo las tintas rosadas las de más estimación. Se designan con las expresiones *espuma de sangre*, *flor de sangre, primera*, *segunda* y *tercera sangre*, etc. Las diferentes variedades que presenta el coral según su coloración.

Hasta el siglo XVIII se había creído que el coral no era sino un arbusto que vivía y se desarrollaba en el fondo del mar. Pero en 1727, un francés, M. de Peysonnel, estableció su verdadera naturaleza, demostrando que las *flores* de este *arbusto* eran animales radiados que poco a poco formaban el coral.

El coral tiene una propiedad en extremo curiosa, conocida desde hace mucho tiempo, y que no poco ha contribuído a dar a esta sustancia el interés excepcional que ha tenido en medicina hasta nuestro mismo siglo. Ciertas personas no pueden llevar sobre la piel objetos de coral sin que pierda el color, y este fenómeno es general en todas las personas enfermas. Los antiguos hasta sostenían que llevando un collar de coral una persona cualquiera que estuviera para enfermar, se descoloría el coral antes de que el sujeto hubiera sentido los primeros síntomas de la enfermedad.

Ambar.—Los griegos, para explicar el origen del ámbar, tenían una de esas graciosas tradiciones, como todas las que creó el joven y maravilloso genio de aquel pueblo. Decían que llorando las hermanas de Faetonte la muerte de éste, fueron transformadas en álamos a orillas del Erídano, y sus lágrimas se convirtieron en ámbar.

Las regiones más ricas en ámbar son las orillas del mar Báltico, entre Dánzig y Memel; se encuentra igualmente en Dinamarca, en Suecia, en Noruega, en Polonia, en Francia, en Inglaterra y en diversas partes de Asia y América.

A orillas del mar Báltico queda descubierto el ámbar a medida que las olas trabajan la costa, dejando aparecer capas de terreno hasta entonces cubiertos.

Dondequiera que se encuentre el ámbar se ve asociado a lignitas.

Estuvo en boga durante mucho tiempo el ámbar cortado en facetas; pero hoy no se usa para adornos sino en las regiones orientales: Turquía, Arabia, Egipto, Persia y la India.

Azabache.—Esta substancia, de un hermoso color negro, es una verdadera lignita resultante de la descomposición de vegetales resinosos, hundidos en tierra millares de siglos antes de los tiempos históricos. Sin embargo, el azabache es siempre una excepción en las minas de lignita.

Se encuentra el azabache dondequiera que el ámbar, y en muchos otros puntos en que no aparece este último.

Se ha sustituído el azabache, que no deja de tener su mérito, con una multitud de productos ficticios y aun con malos vidrios barnizados con negro de humo.

De las piedras preciosas se han tallado hermosos camafeos, que son las más artísticas de todas las alhajas. La historia de Psiquis y el Amor ha dado asunto para numerosas joyas grabadas, ofreciéndose a las desposadas, por la unión mística de las dos divinidades, que se consideraban como símbolo de las uniones castas y duraderas.

Era preciso escoger los camafeos en varios baños, porque los grabadores se servían de tonos diferentes para hacer las carnes, los cabellos y el traje, siendo indispensable también poner en ellos una montura artística.

Las piedras grabadas en relieve se llaman camafeos, y en hueco tallas.

En los museos de arte antiguo se admiran verdaderas maravillas de grabados sobre piedra. En el de Nápoles hay una sortija cuya piedra, en el espacio de medio centímetro, ostenta un paisaje y diez y seis primorosas figurillas. Montada al aire, se transparenta con su elegante contorno, y es de un valor inestimable.

CAPITULO XX

Alhajas que se deben llevar.

Las señoras usan joyas múltiples y ya hemos dicho que se deben elegir cuidadosamente.

***

La mujer casada, de posición, llevará el brillante, las perlas; pero únicamente cuando la posición de su marido le permite este lujo. De otro modo ella se abstendrá, contentándose con varias sortijas bonitas y brillantes para las orejas.

Dicen «que la mujer cuanto más adornada más jamona». Pensad en esto si no proclamáis.

Se lleva la esmeralda a los treinta años. El rubí y el zafiro a los veinte. La amatista y el topacio convienen a la mujer de cuarenta años.

El zafiro adorna a veces las sortijas de esponsales.

La turquesa se ofrece a las jovencitas.

La piedra lunar es la alhaja de las niñas.

El agua marina es la alhaja de las amantes y de los recién casados.

Con el luto no se llevarán alhajas, salvo la perla o las alhajas de azabache. Para no usar adornos, una sencilla perla gris es lo más *chic*.

La *turquesa* es una piedaa romántica, de leyenda. Se dice que «muere sobre las rubias y que vive sobre las morenas», a pesar de que su color azul la hace predilecta de las primeras.

Hemos hablado de la sobriedad con que se deben llevar las piedras, con arreglo al color de la persona que las usa y a la edad. Conviene también indicar cómo han de usarse.

Cuando se poseen varios aderezos, es de mal gusto llevar mezcladas joyas de piedras distintas.

Ha de llevarse un día las perlas, otro las esmeraldas, otro los brillantes, etc., cuidando de que armonicen bien en el conjunto general de la *toilette*. Si se tiene una joya suelta, el día que se usa se suprimen todas las demás.

Muchas damas de la aristocracia se adornan con coronas y joyas heráldicas, cuyas piedras corresponden a las diversas jerarquías, como los rubís en las duquesas y las perlas en las condesas. Las marquesas usan hojas de apio y las baronesas el tártil perlado.

Algunas suelen usar también el escudo de su casa grabado en piedras sobre las joyas; pero esto es de más vanidad que buen gusto. Otras combinan en sus aderezos los colores heráldicos, que sólo son cinco: rojo, verde, azul, negro y violeta.

La forma de la corona ha de expresar siempre el título: las coronas cerradas son sólo privativas de reyes y príncipes. Las de florones de duques y marqueses; las perladas de conde y vizconde; las de barón se llaman tártil en vez de corona.

Una mujer de espíritu jamás debe sufrir por la ambición de las joyas ni por el

deseo de ostentarlas. Unos bellos ojos valen más que el más preciado collar de brillantes; el nácar del cuello es superior al de las perlas y los rubís de los labios rivalizan con las de las bellas *flores del mar y de la tierra*, como se ha llamado a los corales y a las piedras preciosas, respectivamente.

Aun careciendo de joyas costosas, una mujer bella luce más que una mujer cargada de adornos. Todas las joyas y todos los encantos físicos, palidecen ante el rayo de una mirada inteligente y la sonrisa buena de una dulce boca. Esta sola es la belleza que nos hace amadas.

La elección de piedras y metales no es indiferente al tipo. Las morenas deben elegir la plata, y las rubias el oro.

Las supersticiosas que aún guardan un recuerdo de las antiguas divinidades, se alegrarán de saber que el oro está dedicado al Sol; la plata a la Luna; el mercurio a Mercurio; el cobre a Venus; el hierro a Marte; el estaño a Júpiter, y el plomo a Saturno.

En cuanto a las piedras, las morenas los rubís, las esmeraldas, granates y topacios; las rubias las amatistas, turquesas y zafiros. Los brillantes convienen a todas.

Las perlas, que se tratan siempre como si fuesen piedras preciosas, convienen a las rubias y a las morenas, pero especialmente a las primeras.

CAPITULO XXI

Clasificación de las piedras.

Planetariamente se clasifican las piedras del modo que sigue:
Sol, carbunclo.
Luna, diamante.
Mercurio, sardónica.
Venus, esmeralda.
Marte, rubí.
Júpiter, zafiro.
Saturno, obsidiana.
Por los signos del Zodíaco se hace esta otra clasificación.
Aries, calcedonia.
Tauro, esmeralda.
Géminis, sardónica.
Cáncer, ágata.
Leo, crisólita.
Virgo, berilo.
Libra, topacio.
Escorpión, crisoprasa.
Sagitario, jacinto.
Capricornio, amatista.
Acuario, jaspe.
Piscis, zafiro.

Estas clasificaciones que acabo de hacer no son indiferentes, pues contra toda razón y toda lógica persiste la creencia de que hay piedras que causan felicidad o desgracia, y por una condescendencia, que debemos guardar para todos, no se ha de imponer a nadie aquella piedra u objeto que no le satisfaga completamente.

CAPITULO XXII

Propiedades y virtudes de las piedras.

He aquí las propiedades y virtudes mágicas que se atribuyen a las piedras:
Agata, buena suerte; victoria sobre los adversarios.
Amatista, juicio sano. Libra de la embriaguez.
Berilo, protección contra los enemigos. gana los procesos; simpatía; da amor al estudio.
Calcedonia, Gana los procesos. Protege en los viajes.
Crisólita, libra de los reumas.
Coral, protege las epidemias, da prudencia y preponderancia.
Cornalina, protege contra las hemorragias.
Diamante, hace a las mujeres, amables, fieles; las preserva de los peligros en el alumbramiento; gana los procesos.
Esmeralda, excelente para la vida que fortifica y para la castidad que protege.
Granate, salud, buenos viajes.
Jacinto, cura la hidropesía y asegura la esterilidad.
Jaspe, preserva del veneno.
Onix negro, produce tristeza y malhumor.
Perla, da la castidad.
Zafiro, castidad y alegría; cura los ojos.
Sardónica, carácter burlón.
Selenita, simpatías y buenas relaciones.
Topacio simpatía.

CAPITULO XXIII

Piedras grabadas.

Pero si se quiere que surta efecto la virtud de las piedras, hay que hacerlas grabar según el rito. A esta creencia se debe la multitud de piedras grabadas que restan de la antigüedad, y que resultan aun más valiosas como joyas de arte que por el valor de sus piedras y metales.

En el grabado hay que distinguir dos clases: las que profundizan en la piedra y se denominan verdaderamente tallas y las que aparecen en relieve o camafeos.

Los grabados de ritual son:
Amatista, un oso.
Berilo, una rana.
Calcedonia, un hombre sobre un caballo a galope, con una pica en la mano.
Crisólita, un asno.
Coral, un guerrero.
Esmeralda, un estornino.
Granate, un león.

Onix, un camello.
Zafiro, un borrego.
Sardónica, un águila.
Selenita, una golondrina.
Topacio, un alcón.

La montura se escoge buscando la correspondencia astral entre los metales y las piedras.

Por ejemplo:
Berilo, en oro.
Jacinto, en plata.
Perlas, sin montura.

Hay piedras a las que se atribuyen maleficios.

Los *ópalos* son tenidos como piedras peligrosas que atraen la desgracia; sin embargo, hay quien sostiene que las de rojo sanguíneo o rubí púrpura traen felicidad, y que los males son de aspecto lechoso y frío.

CAPITULO XXIV

Propiedades de las piedras.

¿Qué cualidades asignó la superstición a las piedras? Muchas. La imaginación, exaltada por su belleza, las rodeó de supersticiones respecto a su origen, a sus propiedades y a la influencia que ejercían sobre las personas que las usaban.

Examinaremos las más corrientes,

Los *rubíes* son piedras de energía y de acción; su color de púrpura es una llama que no se extingue, una luz petrificada entre el misterio de las entrañas de la tierra. Esta piedra da firmeza de carácter y todas las virtudes.

La *esmeralda* es la piedra que refleja mejor la alegría de vivir, y la tradición la ha hecho la piedra de las alianzas, a las que da firmeza y facilidad.

La *ágata* se considera como piedra de tristeza; origina turbación en el ánimo y batallas morales.

La *cornalina* preserva de la sed y de las pasiones.

La *sardónica* es un precioso talismán para preservar de accidentes a los viajeros, libertándolos de los malos espíritus. Debe ser la piedra de los automovilistas.

La *crisólita* es la piedra de la fidelidad, por eso se encuentra muy poco y es costosa y bella. Preserva de la locura y los peligros.

Los *ópalos* son tenidos como piedras peligrosas, que traen desgracia; sin embargo hay quien sostiene que las de rojo sanguíneo o rubí púrpura traen felicidad y que los malos son los de aspecto lechoso y frío.

El *topacio* ejerce acción saludable y preserva de los enfriamientos.

De la *turquesa* piedra romántica, se dice que «muere sobre las rubias y vive sobrs las morenas» a pesar de que su color azul la hace favorita de las primeras. Una tradición cuenta que cuando muera el amor de la persona que las ha regalado, la turquesa palidece y muere también, como si guardara pedazos de alma de su dueño.

Al *granate* se le atribuye la propiedad de librarnos de las tempestades.

El *coral*, en forma de cuerpo, es un talismán contra el maleficio y el mal de ojo.

El *diamante* tiene el don de procurar una segunda vida.

El *ámbar* preserva también del maleficio, como los pedazos de cristal tallados en forma de ojo y las escarabeas de piedras diferentes, ya consagradas en los

ritos de los templos de Menfis y llevadas tanto por los muertos como por los vivos en el antiguo Egipto.

Y para terminar, exclamaremos como el poeta:

Si, lector, dijeras ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

CAPITULO XXV

Piedras que deben llevarse cada mes.

ENERO

La piedra de este mes es el granate. Su color de llama lo hace amar cuando el frío de Enero nos hiela. Lo mismo que el rubí y el topacio, el granate emana energía calórica sin que nosotros lo sospechemos. Cuanto más intenso es el frío mayor es en el granate la emanación de sus rayos de vida.

Su secreta virtud nos sirve contra los rigores de la temperatura y contra la nefasta acción de los espíritus malignos, esparcidos en lo invisible.

FEBRERO

La piedra de este mes es el diamante, piedra de esperanza, que fortifica la facultad de esperar; dándonos resignación y paciencia.

El diamante armoniza principalmente con el despertar de la naturaleza, simpatiza con todas las felices promesas de la próxima primavera y trae la esperanza. Es preciso llevar el diamante que llena la vida de ilusiones.

MARZO

Las piedras de este mes son los rubís, con su color púrpura, parecido a una lluvia que no se extingue; un fulgor petrificado en el misterioso crisol de las entrañas de la tierra.

Estas piedras significan energía y acción. ¿Quién niega la magia que de sus rayos se desprende ahora que el radium es conocido? hay que respetar la tradición y llevar en Marzo los rubíes.

ABRIL

Las piedras de este mes es el zafiro.

El azul cohalto y transparente del zafiro refleja al azul del cielo y la centelleante claridad, y da a la carne una blancura que brilla como rosa en la colora de las flores, el zafiro es la piedra de alegría y felicidad.

MAYO

La piedra de este mes es la esmeralda.

La naturaleza impone aquí el triunfo de la verde esmeralda; es una sinfonía en verde mayor, de fuerza y de juventud. La esmeralda es la piedra que mejor refleja toda la alegría del vivir.

La tradición ha hecho de ella la gema de los esponsales dulces, tiempo en que el ansia de vivir es lo más vivo en nosotros.

JUNIO

La piedra de este mes es la peligrosa y perturbadora ágata, que por excepción en Junio no es maléfica, pues la tradición cabalística quiere que el ágata sea beneficiante bajo el signo de cáncer que es el de este mes.

No abusad, pues, de esta piedra ni abandonad demasiado la esmeralda, que, en los tiempos de calores estivales, vierte en nosotros la calma y la frescura y predispone a la virtud:

JULIO

La piedra de este mes es la cornalina.

Existe una antigua leyenda árabe que dice que la cornalina preserva de la sed. Una escritora, en una divagación sobre las piedras preciosas, se ha ocupado de esta leyenda, así como de otras muchas pintorescas y populares que destellan las piedras.

AGOSTO

La piedra de este mes es la sardónica.

Existe la creencia de que esta piedra preserva de los accidentes y ahuyenta los espíritus malos que acechan a los viajeros.

Hay preciosos amuletos o talismanes que consisten en un pequeño elefante esculpido en una piedra de sardónica, y que los supersticiosos llevan consigo en los viajes.

SEPTIEMBRE

La piedra de este mes es la chrysolita, salvaguardia de la fidelidad.

Esta piedra tiene la propiedad útil y necesaria de preservar la fidelidad de los sinsabores y dificultades de la vida.

La chrysolita no abunda mucho y es muy original, bella y poco costosa.

OCTUBRE

La piedra de este mes es el peligroso ópalo.

Octubre es la sola estación en que el ópalo no trae desgracia; en esta estación armoniza con la naturaleza otoñal; esta es, al menos, una vieja tradición cabalística; pero hay que desconfiar de la virtud bienhechora del ópalo; siempre será una piedra fatal y enfermiza, de una triste radiación (difusión). Su aspecto brillante, lechoso y frío, no tiene ningún atractivo, y si verdaderamente la secreta influencia de la pedrería es estar de acuerdo con el ambiente en el otoño, armonizará más el rojo de sangre o el púrpura rubí.

NOVIEMBRE

La piedra de este mes es el topacio.

El topacio es el rey en Noviembre. Es preciso llevar esta piedra en sus tonos tostados y que concuerden con las últimas rojeces otoñoles que anuncian la proximidad del invierno. Su acción es saludable, preserva de los accidentes y del frío; una tradición de los países del Norte dice que el topacio es un excelente defensor contra las caídas sobre el hielo o en la nieve.

DICIEMBRE

En este mes hay dos piedras que poder llevar: la turquesa y la malaquita.

La turquesa para las morenas y la malaquita para las rubias, porque existe una afirmación, sacada de la tradición cabalística, que dice que la turquesa muere sobre las rubias y vive sobre las morenas.

Las rubias no podían conformarse con esta tradición, porque la turquesa es de un azul que armoniza admirablemente con su tez y sus cabellos; es sabido que la turquesa predice las desdichas a su dueña.

CAPITULO XXVI

Lenguaje de las piedras.

En todo tiempo se han abrigado creencias supersticiosas acerca de estas flores luminosas del subsuelo y se les han atribuído propiedades extraordinarias, al mismo tiempo que se les ha tomado como emblemas de sentimientos o cualidades.

Las piedras tienen su lenguaje y su significación, y las hay que traen la felicidad y otras la desgracia. ¿No será por eso por lo que amáis tanto algunas de vuestras alhajas, y que teméis a otras cuya posesión no habéis podido rechazar y que no podéis abandonar a causa de su belleza fascinante y de su valor?

El diamante es la piedra de la luz y de la alegría; significa valentía, franqueza, aparta terrores y asechanzas.

El brillante preserva de los maleficios: el famoso anillo de Salomón, *Shamir*, estaba hecho de un solo brillante perforado. Significa amor, fe, constancia, y es la piedra de las jovencitas, en las que también significa pureza y candor.

La perla es la piedra de la calma y de la modestia; calma los nervios y los temores y significa pureza y franqueza.

La amatista es piedra de viudas y vírgenes.

La piedra lunar hace agradable.

El jaspe hace fiel y quita la timidez.

El ámbar se considera como un talismán precioso. Se cree que trae la suerte, y los antiguos le atribuían el don de calmar el sistema nervioso: puesto un collar de él a los recién nacidos, se evitan las convulsiones.

El zafiro simboliza la bondad, la belleza, la nobleza y la sinceridad.

La esmeralda es la piedra de las vírgenes y de los magos. Las druidesas la mezclaban a su corona de verbena, a fin de tener el don de profetizar. Es emblema de la abundancia y la esperanza. Es la piedra de los esposos felices.

El topacio tiene el don de procurar la sabiduría, la riqueza y la salud; preserva de la locura. Es la piedra de la voluptuosidad.

La amatista es el emblema de la ciencia, de la fuerza espiritual, de la humildad y de la sinceridad. Este simbolismo lo hace emplear en el adorno del anillo de los obispos. Se le atribuye la propiedad de impedir la embriaguez.

El berilo atrae el amor y da la previsión del porvenir.

El imán y el cinabrio llevan la bondad e inspiran buenos sentimientos.

El ópalo tiene malas propiedades; quien lo lleva será inconstante. Una variedad de ópalo verde estriado de blanco destruye el maleficio.

El coral deshace los maleficios y pierde el color cuando la persona que lo lleva tiene una enfermedad mortal. El coral blanco significa modestia; el rosa, prudencia; el rojo, bondad; el negro, pureza.

La ágata da una vista clara y fino entendimiento en todas sus variedades, simboliza el valor, la fe y la prosperidad.

El rubí da también fuerza y valor y preserva de los accidentes de hierro y fuego.

El jacinto, cercado de plata, preserva de todos los males; da gracia, riqueza y cortesía.

El lapizlázuli, sencillez y alegría.

La coralina, paciencia.

El granate, salud.

La turquesa, recuerdos y amistad; pero conviene no fiar en ella, pues tiene cualidades desgraciadas y se le atribuye la propiedad de morirse, esto es, perder el color y el brillo, cuando amenaza un peligro a su dueño. Cura la locura y es la piedra de los espíritus sanos.

El azabache simboliza luto y dolor. Es la piedra de las viudas y de las huérfanas.

El carbunclo, ardor y amor apasionado.

Con estas indicaciones se pueden componer joyas simbólicas y de buen gusto y ofrecer las piedras en perfecta armonía con el carácter de las personas.

CAPITULO XXVII

Cuidados de las alhajas.

Se cuidan las alhajas de oro jabonándolas con agua tibia y frotándolas después con un paño usado o una piel de camello.

También se limpian así las alhajas de plata y las piedras preciosas.

Las piedras serán frotadas a menudo con la piel; luego cepilladas con un cepillo de pelo muy suave para no desengastarlas.

Para las sortijas, brazaletes, cadenas, etc., frotadlas con espuma de jabón y secadlas con serrín; después frotadlas con un paño bien seco.

La alhajas de plata y platino se quedarán muy bien con un agua tibia donde se haya echado un poco de polvo de blanco de España.

Los diamantes se cepillan y se frotan con la piel. Las perlas con la piel únicamente.

Las alhajas de acero se limpian con aceite y blanco de España.

Un buen consejo para el cuidado de vuestras alhajas: no las coloquéis nunca sin haberlas secado bien y frotado con piel de gamuza.

Las viejas alhajas de oro y de plata oxidada se pondrán bonitas si las hacéis cocer en un agua que contenga amoníaco.

No limpiés vuestras alhajas con pastas de limpiar otros metales; las estropearíais para siempre y sería un gusto que os costaría caro.

Tened un cepillo fino de cerdas bastante resistentes para cepillar vuestras alhajas cinceladas y frotadlas después sobre un paño suave.